

Tierra y Libertad

Barcelona, 28 de noviembre de 1931

SEMANARIO ANARQUISTA

Año II • Núm. 41 • 15 CENTIMOS

Hablemos claro

De las diversas opiniones que más se discuten actualmente sobre el tema de la revolución, sólo existen dos formas antagónicas: La una, «Libertaria», que aspira a la anulación total de todas las dictaduras, del color que sean. La otra, «Autoritaria», a la que los individuos que la propagan nos quieren someter con la mayor esclavitud posible.

Después de comprender, en mayor o en menor grado, cuál de las dos tendencias sea mejor, sólo una puede darnos la solución: la revolución que deseamos los anarquistas.

Afirmamos categóricamente que a la revolución, principalmente a la concebida en forma autoritaria, han llegado a darle un barniz completamente falso.

No cabe duda que los anarquistas somos los que interpretamos el verdadero sentido de la revolución. Fueron ellos, aquellos sabios anarquistas como Reclus, Bakunin, Mella y otros, los que dejaron en la Historia huellas libertarias de bondad y abnegación, empujando la acción directa y demostrando con el ejemplo que nuestra única salvación está en la anarquía.

Desde que Marx traidió a Bakunin, se dividieron las dos tendencias: las unas, libertarias, y autoritarias las otras. Los marxistas, viendo campo abierto para colonizar a los anarquistas, aprovecharon y sembraron el confusionalismo. De ahí, nacieron los socialistas, que, con sus absurdas doctrinas, han colaborado, desde Pablo Iglesias hasta Largo Caballero, con la burguesía.

Más tarde, vienen los comunistas de Estado a estilo Trotski, a troznos la panacea del paraíso soviético, olvidando que la única organización verdaderamente revolucionaria es la U. N. T., porque ésta representa la verdadera garantía del proletariado.

La mayor eficiencia del proletariado—tomen nota los socialistas y los comunistas estalinistas—es hacer la revolución libertaria, destruyendo todo germen autoritario, de esta vieja y carcomida sociedad.

Sobre todo, no hay que crear personalismos; hacer obra revolucionaria, creándonos una conciencia limpia anarquista y todos unidos, ir a la expropiación, abolendo todo gobierno, leyes, parlamento, capital y una asquerosa institución de la guardia civil y la de asalto, creada por Gulerza y el hijo de Naura.

La República es una camuflaje para los incultos. Socialistas y republicanos engañaron miserablemente al pueblo, llenando los cárceles y bares de presos sindicalistas y anarquistas. La revolución (?) que N. Aledá Zamora preconizó fue nada más que retórica y discursos, mientras Largo Caballero desafiaba a los sindicalistas, con bombos y platillos.

Los enclafados en la Generalitat, son otros tantos que también chupan con el cuento chino de la República Catalana, tales son: los ex sindicalistas Delaville y Escribá, que son los que informan mal de los anarquistas al viejo Mella.

Pero el pueblo, tan vilmente burlado y escarnecido por todos estos elementos «garbanceros», hará justicia, siguiendo nuestra obra revolucionaria libertaria.

El anarquismo no quiere ni más ni menos que eso. Todo lo demás es puro snobismo.

FRANCISCO DURAN AUSEJO

N. de la R.: Delaville no es hoy más que un conformista; y Escribá no fue sindicalista sino con premeditación y alevosía, por simple accidente de la vida, o por accidente simple, como el compañero Durán prefiere.

Rosa de fuego

El Alma Humana, guarda, aún, mayor cantidad de inmunidades que el Cuerpo Humano; es más asquerosa de mirarla. Un Alma Desnuda, es más repugnante de ver que un cuerpo desnudo.

El Patriotismo no está en mí; el Patriotismo es una pasión de rebato; un Sentimiento, por no decir que un Instinto; el Patriotismo encadena como todo sentimiento; y llega a ser cruel como toda esclavitud. El Patriotismo nos devora el corazón; y él no lo tiene. Nada hay más cruel que el Patriotismo. El Patriotismo, como el Mito de la Fábulas, devora sus propios hijos; y no sabe sino sembrar con sus cadáveres los Campos de Batalla. La Guerra es el Apoteosis del Patriotismo...

¡Oh, Muerte...! Tú eres un límite a la Vida, pero no eres un límite al Amor... El Amor va más allá de la Vida, llena tus dominios y rompí tu Misterio; Tú eres eterna, pero el Amor es tan eterno como tú...

La Política, es el último refugio de la Imbecilidad. Hay muchos Políticos que no son Imbeciles, pero no hay un Imbecil que no sea Político.

La Naturaleza tiene Instintos, no tiene Leyes; la Ley, hace esclavos a los hombres; la Naturaleza los hace libres...

VARIOS VILA

Tribuna estudiantil

Quiero hoy dirigirme a mis camaradas los estudiantes, para llamarles la atención sobre el momento que vivimos. Porque parece ser que hemos caído en un sueño, nosotros, que tan sensibles nos hemos mostrado siempre, contribuyendo con nuestro abnegado esfuerzo al triunfo de la justicia y de la libertad.

Por eso, hemos merecido del gobierno de la República el reciente mensaje de felicitación, reconociéndonos la gran parte que tomamos en el derrumbamiento de la putrefacta monarquía y de la ignominiosa dictadura de Primo-Arido.

Pero, pese a esta felicitación, debemos de meditar, profundamente, serenamente, sobre los acontecimientos que han venido desarrollándose desde el 14 de abril hasta la fecha. Ello nos llevará a la consecuencia de que nuestro esfuerzo ha resultado perfectamente inútil; ello nos dirá claramente que no debemos entregarnos al reposo, a pesar de todas las felicitaciones de los gobernantes, porque se nos ha engañado.

Olgamos la voz del pueblo; sintamos en nosotros mismos las afrentas que se imponen a la clase obrera, nuestra hermana predilecta. Tan vejada como antes, más vejada aún, si cabe, su liberación no ha llegado, y continúa siendo la esclava de las clases privilegiadas.

Miserable el que no escucha y atiende la voz de ese pueblo, todavía encadenado, que ansía una verdadera revolución; miserable los que regatean méritos a esa maravillosa y excelsa revolución, dando a entender que son designios de la providencia.

Yo creo interpretar los anhelos y sentimientos de la clase estudiantil, y creo mi deber no permanecer silencioso en estos momentos de temores y esperanzas, que abaten nuestro espíritu, siempre maravillosamente rebelde.

Camaradas: El gesto precursor de la revolución retumba en nuestro pecho. Vayamos, pues, a ella, sin dilaciones, del brazo de nuestros hermanos, los proletarios; despreciemos de nuestro leotardo, Las falanges burguesas, de la mano de la esbirrilla y toda esa horda infecta de cohortes ciegos que viven chupando la sangre del pobre, se aprestan al combate para defender sus falsas posesiones. ¡Defendamos a nuestros hermanos, defendámonos nosotros mismos!

Camaradas: Que no haya entre nosotros más emulación que la del sacrificio.

¡Despertemos! Miserable será el que en estos momentos se aparte del camino de la lucha hasta lograr el triunfo definitivo de la verdadera Libertad.

UN ESTUDIANTE

La revolución y los anarquistas

Nosotros, los anarquistas, no podemos presentar al pueblo un programa para el día siguiente de la revolución; como siempre hacen todos los partidos políticos, cuando conspiran, porque nuestro ideal, que no es utopía, evoluciona incesantemente y admite toda clase de modificaciones que tienden a su perfeccionamiento en beneficio de la Humanidad toda, y el programa que hoy presentáramos como modelo, la semana próxima podría considerarse demasiado transcurrido. Además, los anarquistas no tenemos necesidad de presentar programas uniformados que, si bien a los confeccionadores nos parecerían libres y amplios, al que involuntariamente hubiese de acatarlos, le parecerían de horizontes demasiado limitados para su libre desenvolvimiento, y, por otra parte, porque cada anarquista sabemos lo que tenemos que hacer en todo movimiento revolucionario y después de que éste haya triunfado, pues sabemos pensar y obrar por cuenta propia y cargar con la responsabilidad de nuestros actos, obedeciendo a los dictados de nuestra conciencia y rechazando cuantos mandatos viniesen del exterior de nuestro Yo.

Nosotros nos desenvolveremos—junto con los que voluntariamente nos secundan e imiten—libremente en la producción y distribución, como más aceriado creamos, y dejaremos que con la misma libertad produzcan y se distribuyan los productos nuestros semejantes, siempre y cuando respeten la libertad de la colectividad y de los individuos que como ellos no obran.

Esto pretendemos nosotros para cambiar la forma y el fondo de la presente y carcomida sociedad, o sea, lo contrario que con sus programas, pléridos de frases simbólicas quieren hacer siempre todos los políticos, cuando se hallan en la oposición. Pues en su programa, que no pierde ni puede perder actualidad, porque no le faltan nunca, hacen conscientemente innumerables promesas que saben no podrán cumplir jamás, a fin y efecto de que los incautos productores acudan plenos de curiosidad y egolismo por mejorar su triste suerte y se apresten a servir de instrumento, colocándose de pedestal para que con mayor comodidad puedan subir al trono o presidencia republicana los que redactan los programas.

Y, colocados ya al frente del Estado, los que antes estuvieron en la oposición, no

Una opinión

La experiencia desde postguerra de los acontecimientos sociales nos demuestra que el punto más sólido, que el escollo insalvable contra el cual chocan nuestras fuerzas ha sido el sentimiento nacionalista. Me refiero a todas las organizaciones tanto de carácter burgués como proletario, con todas las características centralizadas.

Contra toda centralización de funciones, contra toda idea de subordinación y disciplina, contra manifestación de absorción, deben actuar nuestras fuerzas, si queremos salir con vida de este momento estúpido en que la atmósfera moral del mundo, henchida de autoridad, intenta sofocar nuestro grito de libertad.

Tanto en periodos de calma como en estado de revolución, debemos combatir todas las formas de centralización de funciones, todas las centralizaciones de poder, todas las facultades que se arrojan los nuevos despotas, los dictadores, los secretarios o delegados de cualquier entendido que sean, para imponernos una norma establecida una función política o económica, para la cual no se haya tenido en cuenta la voluntad del pueblo, que será la nuestra.

Hay que combatir insistentemente toda pretensión de fuerza, toda resolución tomada por los poderes orgánicos nacionales, que en nombre del Estado o del Sindicato, del Departamento Central de Policía o de Comité Central Obrero, nos quieran obligar a realizar una función que no esté de acuerdo con la manera de pensar del pueblo, con nuestra necesidad de vivir libremente, sin control ni ingerencia de nadie.

En los periodos de revolución, la desobediencia a los poderes nacionales debe ser más intensa y fuerte que nunca, porque en la desobediencia a los órdenes de los mandados y de los sedicentes conductores de masas, de todos aquellos que se creen imprescindibles, se halla la salvación de toda revuelta, de toda revolución moral o social.

De cara al porvenir y de espaldas a todas las estructuras nacionales, de cualquier carácter de dominación que sean, nosotros debemos obrar siempre, si queremos acelerar, precipitar la transformación orgánica de la sociedad, basándonos en las normas justas de Amor y Libertad para todos los seres vivientes del trabajo, quedando destruida para siempre la norma actual de explotación del hombre por el hombre, siendo una gran carga que llevamos los productores de siempre. ¡Luchemos, camaradas, siempre, sin descanso, en todos momentos y ocasiones que se nos presenten en la vida!

A. SAURA

Los héroes

Los héroes más grandes de la Historia han escrito sus páginas con sangre. Y cuanto mayor cantidad de púrpura hay en esas páginas, tanto mayor es la gloria de que se rodea el héroe.

Los pueblos veneran la memoria de sus héroes, y no son los más cristianos los que más escatiman esta veneración a quienes su conducta distanció tanto de las teorías de amor y mansedumbre que Cristo predicó sobre la Tierra.

Hoy, empero, la Humanidad ha evolucionado grandemente y son muchos los hombres que, por fortuna, no creen en la grandeza de los héroes legendarios. Ni, menos, los veneran. A los veinte siglos de imperar el cristianismo en el mundo comienza la Humanidad a comprender su credo y el estudio de la Historia ayuda de manera eficaz y poderosa al hombre para deshacer errores que una minoría privilegiada trata en vano de sostener en la conciencia de los pueblos.

Día ha de llegar en que nuestras famosas conquistas de América, por ejemplo, pierdan todo el prestigio de que se le vino rodeando, porque las generaciones futuras habrán evolucionado lo suficiente para desear con laudable vehemencia que esas páginas gloriosas sean borradas de la Historia. Sólo cuando los hombres de mañana lleguen a ser dueños de ese grado de serenidad que pueda limpiar sus conciencias de falsas verdades, podrá verse que los conquistadores de las Américas no hubieron de vencer ni sólo a gentes incultas que no disponían de armas de fuego ni de armaduras de hierro, ni aún de espadas como las suyas.

Y también entonces, los descendientes de aquellos conquistadores, verán con horror que tales héroes no vencieron sólo por la superioridad de sus armas, sino con actos de ferocidad que aterran.

Se dice que el más culto de aquellos conquistadores fué Hernán Cortés, a quien, luego de la conquista de Cuba, Diego Velázquez le confió la de Méjico. Dice la Historia que Cortés llevó a cabo esta conquista luego de quemar sus naves y de sostener mil

combates, ya con los indígenas, ya contra las tropas del envidioso Velazque. Todos los historiadores que he leído del tiempo de la Conquista, si bien no le escatiman gloria a este héroe, reconocen que llevó a cabo actos de barbarie que sometió a cruentos sacrificios a los aztecas. Tanto que, al enviarse allí un inspector por una de nuestras órdenes religiosas, se asustó tanto el tal inspector de aquellos martirios que hubo de confesar que no había visto pueblo tan maltratado por sus conquistadores, si bien afirmó que tal proceder obedecía sin duda a que Dios nos había elegido como instrumento de su venganza.

Dejando de lado otras consideraciones que me sugieren tales palabras, que ponen de manifiesto que el aludido inspector reconocía por su dios al cruel Jehová, aunque decía profesar la fe de Cristo, diré que tales martirios no podían ser ordenados sino por la crueldad de los conquistadores, que tanto abusaron de su poder.

Enfrente de Haxcalá, Cortés hizo cortar las manos a cincuenta mensajeros por sospechar, nada más, que eran espías; en Chulula pasó a cuchillo a tres mil hombres indios por sospechar que en aquella ciudad se conspiraba; y, ya victorioso, en una expedición que llevó a cabo al Golfo de Honduras ahorró a los reyes de Méjico y Tencha, por sospechar que tramaban un complot contra su vida.

Como veza la Historia, una simple sospecha arrebata el brazo del conquistador, y, como como si esto fuese poco, nadie ignora que hacía esclavos a los vencidos, los marcaba con hierro candente y los vendía como si fuesen bestias de carga.

Tal ha sido, pero más o menos, la conducta de todos los héroes a los cuales estudiamos estatuas y coronamos con laureles.

Por eso estimo que solamente motivos tendrán las futuras generaciones para hacer un auto de fe con las páginas que los héroes escribieron con sangre humana en la Historia.

¡Dichoso aquel que puede pasar por la vida sin llegar nunca a ser un héroe!

EGO

Cosas de la vida

El absurdo

Apenas nos acomodamos a la vida nos damos de manos a boca con el absurdo.

Y a cada paso que por el mundo damos, el absurdo se antepone a nosotros, invitándonos con hipocrito sonrisa a que le rindamos culto como a único y verdadero dios de la Humanidad.

Tal se ha adecuado el absurdo de la sociedad de los hombres, con tan irrefragables fuerzas dirige y preside sus acciones y pensamientos, que, al estar dotado de hujos sentimientos, habría dudar de si en un momento no le rinden homenaje no están en lo cierto de la vida y rinden, asimismo, un justo tributo a la verdad y la razón.

Todo es absurdo en nuestro misero vivir. Hasta la misma vida, absurda es.

Debe el hombre consciente acatar el absurdo y admitirlo como la síntesis de la vida humana? ¿Debe el hombre que se estime digno de ostentar con orgullo el nombre de humano, postrarse de hinojos ante el altar del absurdo?

Los pocos que responden a estas preguntas con viles negativas, se ven desplazados de la sociedad de sus semejantes que, despreciados, les escupan al rostro el calificativo de inadaptados.

Los hombres prácticos les hacen el velo, les sillon por hambre, para obligarles a rendir las armas de la Justicia y de la Razón. También para captar su voluntad, maravillosamente rebelde, y hacerles aceptar el culto omnibus del absurdo.

Sólo una voluntad férrea escudada por una conciencia imputada y un exceso amor a la Verdad y a la Justicia, puede ser irreducible a las necedanzas de los innumerables sacerdotes del absurdo que infestan la Tierra.

Esos son los elegidos, los que mantienen en alto el pabellón de nuestro linaje, aunque, para mayor gloria de la Humanidad, y también para su mayor vergüenza, sucumben en la incruenta lucha. Pero no dejan tras de sí la estela meliflua de la baja inmundicia de la clasificación.

Mas ¡qué dolorosa es su muerte! ¡Cuán triste para esos mismos que los inmolaban a sus egolismos!

Los elegidos se llevan de la vida el pesado fardo de su castil rebelde.

Y en la hoya ignorada se calcinan sus huesos.

Y en esa sepultura, sobre la que hocarían los poderes, profanando la Tierra que cubren los despojos de los inadaptados, brotará triunfante una rosa bermeja, símbolo de su perenne rebeldía y de la vergüenza que sintieron de haber nacido hombres... en una sociedad de monstruos.

El precedente

Todos sabemos que el precedente es, en pura lógica, la primera proposición de un esquiema. Y tampoco ignoramos que, en matemáticas, expresa el primer término de una razón aritmética o geométrica. Ahora bien: el uso, mejor aún, el abuso que se ha hecho del precedente ha lle-

Continúa en la 4.ª página.